



ANA CARROZZO

Material descartable

Relatos trans en las márgenes del sistema



género

Material descartable

Relatos trans en las márgenes del sistema

Material descartable

Relatos trans en las márgenes del sistema

ANA CARROZZO



Carrozo, Ana

Material descartable : relatos trans en las márgenes del sistema / Ana Carrozo. - 1a ed. - La Plata : EDULP, 2018.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4127-62-4

1. Relatos Personales. I. Título.

CDD A863

Autora: Ana Carrozzo

Fotografía: LA7



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA (EDULP)

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

edulp.editorial@gmail.com

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales de las Universidades Nacionales (REUN)

Primera edición, 2017

ISBN 978-987-4127-62-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

© 2018 - Edulp

*A quienes sufren la marginalidad y, aun así,
se animan a denunciarla.*

*A lxs amigxs y colegas por sus lecturas
y críticas.*

*Y, en especial, a Cristian
por su presencia, paciencia
y pasión constantes.*

Índice

Introducción	7
Prólogo	10
CAPÍTULO 1	
Bomba de tiempo	14
CAPÍTULO 2	
Travesti, pobre y peruana (y otros motivos para ir en cana)	27
CAPÍTULO 3	
Denunciar solo cuesta vida	34
Del otro lado del biombo	35
La basura, toda junta	37
Monólogo de una madre desesperada	38
Tiempos de cambio y pinkwashing	39
CAPÍTULO 4	
Males de época	43
Material descartable	45
Morir por unos buenos pectorales	47
A prueba y error	48
No me preguntan cómo me siento	49
Frente de batalla	50
Automedicarse para ser	51
Claves de combate	52
La herencia de los 80	53
Sustancias ilegales	54

Acceso denegado	55
Identidades en lista de espera	56
Cuerpos exóticos, procedimientos experimentales	57
CAPÍTULO 5	
El mío es como un cuento de hadas	60
Epílogo	76
Agradecimientos	78

Introducción

El contexto político en el que nos situamos se enmarca en una maniobra de poder en las Américas que enfatiza su estrategia en la defensa de la familia y en el retorno conservador del discurso moral. Por este motivo, el avance en materia de políticas de género no sólo se hace cuesta arriba, sino que es un retroceso que resulta imposible de evitar.

Este libro pudo materializarse a partir de entrevistas propias realizadas a personas trans y testimonios recogidos en encuentros y charlas organizadas por y para el diálogo y exposición de las problemáticas que atraviesan a estas identidades. Material descartable: relatos trans en las márgenes del sistema es el resultado de una selección de experiencias y vivencias que con la ayuda de recursos narrativos como la crónica y el monólogo, conforman un compendio de relatos de ficción y no ficción, elaborados a partir de observaciones, impresiones y diálogos que destacan problemáticas en el espacio trans.

Podría decir que involucrarse con dicho colectivo de personas es simplemente satisfactorio, pero no sería completamente sincero de mi parte. Estaría omitiendo, así, diversas emociones y estados de ánimo que fui transitando a lo largo de la realización del trabajo de campo.

Sí que es placentero investigar, preocuparse y decidir ocuparse de algún modo, hacer un pequeño aporte. Sin embargo, la indignación y la impotencia fueron dos sensaciones latentes que no hicieron más

que reafirmarse y acrecentarse a medida que las charlas, las entrevistas y los encuentros iban sucediéndose.

Las aproveché como incentivo. Motivaron todavía más el compromiso por relatar y difundir las injusticias que conforman la cotidianidad del colectivo trans. Sin lugar a dudas, cada testimonio cobró especial relevancia. Por eso mismo, estos relatos están inspirados en construcciones de la realidad, en declaraciones, vivencias y aspectos ficcionales que postulan un marco de amplio conocimiento sobre la temática y la problemática del universo trans.

Nutrir la divulgación sobre la vida y las desdichas de estas personas a partir de los recursos narrativos, el periodismo y la búsqueda de relatos verdaderos fue uno de los principales objetivos que se persiguió. Por ello, lo comparto con ustedes con la sincera intención de acrecentar el debate y denunciar la violencia machista —física, verbal, económica, social— ejercida sobre las identidades transgénero, travestis y transexuales en un ambiguo acuerdo político: el de la indiferencia y el atentado directo.

La estrategia política por derecha a nivel continental arremete contra los derechos conquistados, desplaza a las minorías y les hace saber que es en las márgenes y únicamente ahí donde deben permanecer. Es en medio de este clima político que las historias comprendidas en el actual trabajo toman cuerpo para hacerse presentes y para que sus protagonistas alcen sus voces.

A continuación se suceden cinco capítulos que conforman, cada uno desde una narrativa particular, una denuncia integral.

El capítulo 1 expone un relato en primera persona. Gabriela se inyectó silicona líquida en dos oportunidades, costándole casi la vida, y hoy sufre las consecuencias; su testimonio personal busca generar conciencia en relación a las intervenciones clandestinas. El siguiente capítulo da cuenta del caso de Shirley Adriana Torrey Carpio, travesti peruana residente de Buenos Aires, privada de su libertad durante 3 años y 7 meses por la tenencia de 0,5 gramos de cocaína.

El capítulo 3 reúne crónicas breves que denuncian

la complicidad y la violencia policial, los travesticidios y la desaparición de personas trans. El siguiente capítulo, a partir una crónica breve, abre la puerta y permite que se sumen a escena monólogos breves concernientes al acceso al sistema de salud argentino.

En último lugar, la historia de vida de Camila retoma la dinámica de crónica y relato en primera persona intercalados que empieza por su infancia, pasando por sus primeros años de trabajo sexual y depresión en Capital Federal hasta llegar a un presente tanto más optimista. Así se conforma el compendio de experiencias, reclamos, sentires y vivencias que comprenden el presente libro.

Prólogo

En Argentina, la primera encuesta a nivel nacional sobre personas transexuales, transgénero y travestis, se realizó apenas hace cinco años en el marco de la aprobación de la Ley de Identidad de Género.

La situación de vulnerabilidad del colectivo trans, está también conformada por la falta de investigaciones sobre las problemáticas que lo atraviesan.

En este contexto de desinformación orquestado en parte desde las derechas latinoamericanas, la autora recopila algunas de las muchas vivencias de este colectivo en torno a los desafíos diarios vinculados al trabajo, la familia, la justicia, la policía y, especialmente, al sistema de salud—público y privado—.

Distribuido en dos grandes partes, la primera visibiliza la vida cotidiana de quienes además de haber nacido en condiciones de pobreza, no se identifican con las expresiones de género que se les asignaron al nacer. Luego, relata las deficiencias del sistema de salud, regulado por el estado y conformado por personas poco o nada capacitadas en asuntos no cis.

En esta articulación que propone la autora, nos sumergimos en un mundo desconocido para la mayoría, repleto de hormonas y siliconas ilegales proporcionadas por otras personas que, en busca de su propia subsistencia, administran sustancias de dudosa procedencia a

través de jeringas insertadas en cuerpos desesperados por hacer que su interior y su exterior coincidan.

Médicos que sugieren calmar una inflamación desconocida con limón caliente, policías que detienen arbitrariamente y plantando pruebas, una justicia que permite años de prisión preventiva, oficiales trans que antes de ser trans son oficiales (corruptxs), personas desaparecidas, asesinadas, madres y abuelas desesperadas. Ignoradxs por todas las partes de un entramado que poco promete cambiar, la obra ilustra de forma precisa esta realidad inaceptable que alcanza a la mayor parte de la población trans.

Los aportes sobre el asunto desde el campo de las ciencias sociales son fundamentales para empezar a construir un consenso social y colectivo que, en principio, reconozca estas problemáticas intencionalmente ocultas.

Así, Ana Carrozzo escribe “Material descartable: relatos trans en las márgenes del sistema”, una de las pocas investigaciones sobre el tema que además y como es imprescindible, está destinada a la población general y no sólo a la académica.

Rocío Deguer



CAPÍTULO 1

BOMBA DE TIEMPO

Cuando era chica, éramos un grupo de treinta compañeras. Hoy, solo cinco de nosotras estamos vivas. Siempre pensé: con llegar a los 40, me conformo.

Junio de 2015

Era muy chica cuando decidí que quería inyectarme silicona. “¿Cómo hacés para tener ese cuerpo?”, le pregunté a una amiga. Yo quiero tener un cuerpo como el tuyo. En ese entonces era un pibito.

—Bueno, vos querés tener mi cuerpo, vas a tener mi cuerpo —me respondió. Contactó a una amiga tucumana y cuando la conocí me dijo que me veía al día siguiente en mi casa.

¿En mi casa? Me sonó un poco extraño, aunque no tanto como para cancelar.

No tuve en cuenta cómo, dónde, quién me lo iba a hacer: si era doctora, si era travesti, si era un mono que me iba a poner culo y tetas. Estaba empecinada con cambiar mi apariencia sin importar los medios.

Esa fue la primera vez, tenía 19 años. Venía hormonizándome desde los 15 años, como todas hacemos, como para que el cuerpo tolere la silicona. Lo había adiestrado, digamos, o eso creía.

De todos los riesgos que implica colocarse silicona, el primero que corrí fue una mancha rosada que me apareció en el glúteo y alrededor de la zona. Cuando lo noté, fui a un cirujano y le pregunté qué me había pasado. Me explicó que lo que me pusieron, además de ser clandestino, no era estéril. Para inyectar la basura que me pusieron —que, calculamos, era silicona líquida, aunque también ponen otros aceites o la combinación de dos o tres aceites diferentes— se utiliza una troca1 que, si se coloca superficialmente, hace que el cuerpo tienda a expulsar todo. Pero le resulta imposible. Las partículas que componen esa mugre, que me dijeron que era algo así como Copolímero, necesita salir por donde sea y lo intenta a través de los poros. Un tiempo después, averiguando, me enteré de que en la farmacia la venden como silicona medicinal.

Silicona al fin.

En mi caso, la silicona estaba muy cerca de la piel, todas esas partículas se adosaron e hicieron que la piel de mis glúteos y piernas se oscurezca, como le ha pasado a muchas de las chicas que han pasado por lo mismo, además de la rotura de los vasos capilares, para lo que puede haber un tratamiento, pero nunca una solución definitiva.

Esas son todas las porquerías que tiene la porquería que me dejé inyectar.

Septiembre. Estaba enloquecida porque quería más cuerpo, no contenta con el que tenía, con el agregado. Otra mujer me ofreció colocarme más.

—Vos quedate tranquila que con esta segunda aplicación la mancha va a disminuir —me convenció, quedamos en hacerlo el fin de semana.

No tenía idea del dolor que iba a padecer esa segunda vez.

Domingo. Ya sabía cómo iba a ser el procedimiento. Le pagué y me acosté en la mesa del comedor de mi casa. Esta es una de esas chicas malas que todas conocemos, no voy a dar el nombre.

Ni bien me clavó la troca¹, mandó a una de mis amigas a comprar cerveza, y yo me quedé con la aguja clavada. Mi mamá, junto con dos amigas y mi hermano, me miraba. No entendía.

—Se tomará una cerveza y empezará —pensé. No sé por qué dejé que siguiera. Habrá sido por el miedo que le tenía. Me puso un litro de silicona borracha. Se tomó un cajón de cerveza mientras me inyectaba. Yo no dije ni “á”. Fue terriblemente doloroso, tardaron muchas horas. Imaginate que el acrílico es espeso: me sostenían entre varias personas porque el dolor hace que el cuerpo se mueva involuntariamente.

No sé por qué nos dejamos hacer esas cosas, por qué permitimos pasar por ese dolor.

Recuerdo que ella me decía:

—Ah no, puto, vos me pagaste para que te ponga silicona, no para que lo disfrutes. —Y ¡pa! me pegaba para que me doliera todavía más. Me hacía bromas como si yo estuviera gritando de placer.

Esa noche me quedé acostada, me sentía agotada.

Lunes. Me desperté con algunas molestias, pero nada intolerable, seguí durmiendo. Al mediodía fue cuando empecé a tener algunos síntomas: un pequeño bulto el primer día que se transformó en una pelota al segundo y para cuando llegó el tercero, era una dureza todavía más grande. Al cuarto día no podía caminar.

1 Aguja que se utiliza para las inyecciones de silicona líquida.

Lo primero que hice fue ir al Hospital de Clínicas, donde me dijeron que debía hacerme una ecografía. Ahí fue cuando descubrí que la silicona no se ve a través de una ecografía. Querían ver qué tenía debajo de la pelota y no podían. Me derivaron directamente al Hospital Fernández. Según el diagnóstico, podía ser un absceso: me dieron antibióticos y me mandaron a mi casa.

—Pasate limón caliente, te va a calmar —fue lo último que escuché, y la doctora me abrió la puerta, invitándome a salir. Martes. Insoportable el dolor, los glúteos estaban más hinchados —en ese momento estaba en pareja—. Mi mamá vino a hablar conmigo, yo estaba muy dolorida y le conté que había ido ya a dos hospitales. Les rogué que me ayudaran porque no podía caminar.

Me llevaron a la guardia del Fernández, ya con fiebre y dolor constante. Me mandaron de vuelta a mi casa.

—Probá con antiinflamatorio y hielo —sentí que estaban experimentando conmigo.

Tenía mal color, cuando caminaba sentía que me latía y que el hueso de la cadera hacía ruido, como si hubiera arena, como si el cartílago tuviera algo y raspara. Además, no paraba de hincharse.

—Cada uno conoce su cuerpo —le repetía a mi mamá.

Mi cuerpo no está bien, yo tengo algo.

—Hernán, siento cómo me late constantemente —le suplicaba a mi marido que hiciéramos algo.

Jueves. Me era imposible soportar el dolor. Me acerqué al Muñiz. Mirá los hospitales que iba recorriendo.

Ahí me dicen que tengo siliconoma².

—Es el principio y va a ser cada vez peor, eso que te salió en la cola va a trasladarse a todo el cuerpo. —Las palabras

2 Reacción granulomatosa por cuerpo extraño tras la aplicación de silicona.

del doctor no eran muy alentadoras, pero por lo menos me estaba hablando de un diagnóstico. Lloraba, me quería morir, sentía que me iba a explotar el cuerpo en cualquier momento.

Regresé a mi casa desilusionada, creyendo que me moría, que no tenía solución. No me dijeron si había otra opción, si tenía arreglo, si lo iban a estudiar. Sólo sabía que iba a empeorar pero no de qué manera ni hacia qué zona del cuerpo. Tenía que sacar turno para que me viera un especialista, ni siquiera me derivaron en el acto. Me dolía tanto que no me podía vestir, no me podía parar, mucho menos caminar. Andaba con una pollera de bambula blanca —se usaban en ese momento—.

Viernes. Mi marido fue a ver a un cirujano que conocíamos, con el que teníamos buena relación, a la clínica privada donde atendía ese día. Le pedí que le contara cómo estaba, y me mandó a decir que me quedara tranquila y que fuera en la semana al Hospital Eva Perón, para no tener que cobrarme.

Lunes. Me acerqué a primera hora, desesperada y me acostó sobre la camilla. Mientras me tranquilizaba, buscaba — me decía— un lugar blando.

—Ya lo encontré. ¿Empezamos? —Y, sabiendo que no tenía que esperar respuesta, sacó un maletín de acero inoxidable de un mueble y le pidió a mi marido que llamara a tres enfermeros más así intervenía ya mismo.

—A vos te pido que te quedes quieta —y me señaló que me quitara la pollera y la remera.

Pasé por la misma situación que cuando me inyectaron la silicona: un enfermero me sostuvo de un brazo, otra de otro brazo, los demás de las piernas y él, sin anestesia, me perforó con una especie de aguja.

Sentí que el cuerpo se me aflojaba. Y mucho calor. Un calor que chorreaba.

—Por favor, no te muevas —el doctor me miraba y me repetía que él me iba a curar. Después del pinchazo, ya no me sostenían.

—No sabes todo lo que estoy sacando. —Podía ver que estaba espantado.

Empezó a apretar arriba de la zona, en el costado de la espalda, y yo sentía que chorreaba. Presionaba en la ingle, en la entrepierna, y chorreaba. Pasaba por la cadera y podía sentir cómo escurría. Me abría las piernas, y podía notar como salía el pus por el orificio.

Me estaba invadiendo, la silicona no dejaba que se viera, ningún médico me hizo una resonancia magnética. Me estaba pudriendo por dentro.

La sensación que tenía era la de un forúnculo, pero al por mayor, y no me molestaba una zona en particular, sino todo el cuerpo, que en ese momento entendí que se debía a que estaba entrando en estado de putrefacción.

Hizo todo lo que pudo para resolverlo rápido y para que no tuviera que pagar ni un centavo.

Me quedó un pozo en la cola.

—La infección va comiendo no solo los tejidos sino, a su vez, la silicona —me explicó, me dio las instrucciones para que lo dejara drenando y me mandó a mi casa.

Me solucionó el problema, me salvó la vida. Me dejó cuatro días drenando. Me ponía apósitos muy grandes, los doblaba en cuatro capas, los envolvía en gasa, los apoyaba sobre la cola y los forraba con cinta.

Ese procedimiento, decena de veces.

Pasaron los años, no tuve mayores problemas con la silicona ni con las hormonas. Me seguí inyectando Perlutal³. Uno de mis errores —por eso digo que no me tomen como ejemplo— es haber consultado a los médicos después de hacer las cosas. Esas cosas que sabía que estaban mal. No uno, sino varios, me dijeron: la Perlutal es lo peor que hay. Diciembre de 2016.

Se me hinchó una pierna y tomó un color rojizo. Pensé que me había golpeado porque apareció un tumor. Con mirarme, te das cuenta de que la silicona ha bajado hasta los tobillos. Me ha pasado de golpearme en alguna zona y que se me haga un bulto por el acrílico. Me quedé con esa idea hasta que pasaron unos días y desapareció. No le presté atención, pero a la semana el tumor volvió.

—Algo anda mal —pensé. Desde esta segunda vez, nunca paró de hincharse y ponerse duro. Tenía los poros abiertos y la pierna de color morado. Consulté a una infectóloga, tengo confianza con ella, trata con la población trans. Me atendió sin turno y su respuesta fue que me tenía que hacer una radiografía. Otra vez la misma historia: la doctora no sabía que lo que se encuentra debajo de la silicona puede verse únicamente a través de una resonancia.

—Doctora, tengo silicona en mi cuerpo —le dije, sospechando, sabiendo que migró hacia los tobillos.

Me respondió que como en las piernas no me había inyectado, no sería problema, a lo que contesté que tengo en la cola y que si me mira los tobillos, se va a dar cuenta de que tengo también ahí.

No estaba convencida. Optó por consultarlo con unos colegas. Estaba sentada junto a la asistente social cuando

3 Anticonceptivo inyectable.

llamó por teléfono. Colgó, me miró y me reconoció que tenía razón.

—Te voy a dar dos noticias, una buena y una mala.

—Se paró y buscó el talonario. “Primero, te voy a dar un tratamiento antibiótico de diez días porque, posiblemente, tengas una infección y no la estemos viendo”. Y anotó.

Lo malo era que me tenía que hacer una resonancia magnética, cosa que ya sabía. El estudio en sí no era un problema, sino los tiempos hospitalarios. Mientras, hacía la receta y cada vez que paraba, mordía la punta de la lapicera. Me ponía más nerviosa.

—De acá a que vos tengas los resultados del estudio, podés no tener la pierna —me dijo. La otra posibilidad era que se produjera una trombosis y me diera un paro cardíaco.

—O que la infección vaya a la sangre y produzca una.

—Terminó de escribir y se levantó para buscar el sello.

Tuve que estar con la pierna para arriba, porque si ese coágulo se movía podía tener un infarto cerebrovascular o un infarto al corazón. Estuve mucho tiempo así.

Por otro lado, existía la posibilidad de que fuera flebitis⁴, pero no teníamos diagnóstico, entonces no podían tratarme. Juntamos dinero para hacerme una resonancia magnética, me ayudaron muchos amigos. Mis ahorros se habían ido con el pago a la chica mala de la silicona.

Con los resultados, la doctora pudo aclararme que no tenía trombosis⁵, por suerte, que no se trataba de una infección.

—Puedo deducir que tenés la sangre espesa —me dijo y pudo ver en los resultados de la bendita resonancia que

4 Inflamación de las venas que puede ir acompañada de coágulos.

5 Formación de un coágulo de sangre en el interior de un vaso sanguíneo o en el corazón.

tenía una vérice comprimida por la silicona, porque esta había formado una especie de traje de neopreno.

—La sangre, al ser espesa, no circula. La vérice quedó atrapada y con el calor tiende a expandirse —me explicó.

Desde fines de octubre hasta principios de diciembre estuve en cama, con la pierna para arriba, muy asustada porque pensaba que la perdía.

Cada vez que veía a la doctora le pedía que me abriera la pierna.

—No me importa la cicatriz que me puede llegar a quedar. Si hay algo, que salga —le repetía. No le tenía miedo a nada que no fuera perder la pierna.

En adelante, seguimos un tratamiento con un anticoagulante, que de por vida lo tengo que tomar, sumado a seguir los consejos de la doctora.

—Siempre que puedas, ubicá las piernas hacia arriba.— Cuanto más tiempo lo hago, es mejor. Con el paso del tiempo, puedo ver algunas mejoras.

No era cuestión de competir con la otra, sino de mirarte al espejo y no reconocerte. También tiene que ver con las clases sociales de las cuales venimos, porque aún sabiendo lo perjudicial que podía ser, de todas formas, lo hacíamos.

—Yo quiero, puedo y lo hago —me acuerdo de haber dicho. La Ley de Género ha cambiado un poco las cosas, hay una adecuación de los cuerpos que antes no existía —aunque en muchísimos lugares no se llegue a aplicar—. Venía una de estas chicas malas y, si no estaba borracha, había que darle un premio. Te clavaba una aguja tremenda que implicaba un gran sufrimiento y te ofrecía agregarte en otra zona por unos pesitos. Ya estabas en esa situación y accedías.

No me tendría que haber inyectado esta porquería. Lo hice en parte a consciencia y en parte inconscientemente.

Ahora que el problema ya existe, me pregunto, ¿tomamos consciencia las que ya tenemos silicona en nuestros cuerpos? Debemos hacerlo por las que no se han inyectado. No estamos a tiempo de revertir lo que les hicimos a nuestros cuerpos, pero sí podemos solidarizarnos con las más jóvenes, para que sus generaciones no tengan que pagar el derecho de piso que pagó la nuestra.

A su alrededor, unas veinte o veinticinco personas escuchan atentamente. Mujeres cisgénero⁶ y transgénero, una que otra travesti y el chico que administra el teatro, sede de la reunión. Por un momento, comenzaba a respirarse cierto fastidio a partir de que el hombre trans interrumpiera, con aires de superioridad, reiteradamente, a más de unx compañerx, antes de abandonar la reunión.

Unx de lxs chicxs, que por lo visto es quien intenta mantener el orden pide que, por favor, “si vamos a hablar, antes levantemos la mano”. Marcela, militante, futurx enfermerx, no tarda en imponerse y apura a Gabriela.

—¿Y quién fue la que te puso la silicona?, ¿la Lorena tucumana o la Débora Karina? —le pregunta, acomoda una pierna sobre la otra y apoya el codo sobre la rodilla. Al inclinarse, logra intimidar.

—No importa quién fue, estoy corriendo riesgo contando esto — da la sensación de que, si insisten, Gabriela podría llegar a hablar.

—No podemos seguir protegiendo a estas delinquentes. ¿Quién fue? —Por un momento, los mates dejan de circular. Marcela cambia de pierna con evidente ansiedad.

Un termo de plástico cae seco y empieza a desparramar agua. Es el fin de su vida útil. Gabriela se distrae pero responde, sin dudar, que si esta gente se aparece en mi casa, nadie va a ir a defenderme.

A su alrededor, algunas de lxs chicxs asienten con la cabeza.

6 Para denominar a las mujeres que no son trans.

—Hablar es la única forma que tenemos de denunciar estas atrocidades. No estás sola —le dice Marcela, y conquista a una parte del público, incluso a algunxs de lxs que recién aprobaban a Gabriela.

La otra insiste con que lo mejor que tiene para decir es que no lo hagan. No interesa si fue la Débora Rito, la Chavo, la Lorena, la Negra Miguel. Y dice: “lo importante es que tengamos la valentía de decir que no”.

La tensión es evidente. Hay quien se acomoda en su asiento. Gabriela entrega el mate que tenía en su mano y continúa.

Lo importante es que generemos conciencia, porque si el colectivo trans deja de acceder a estas intervenciones, parte de la justicia ya estará hecha. En el interior se está usando silicona con vaselina y con aceite Johnson. Los nombres no son relevantes cuando los cuerpos siguen transformándose en una bomba de tiempo.

El silencio envuelve sus palabras y hace que retumben en la sala. Nadie responderá nada.



ZONA TRAVESTI

CAPÍTULO 2

TRAVESTI, POBRE Y PERUANA

(y otros motivos para ir en cana)

A través del entrepiso de la Facultad de Ciencias Jurídicas se accede al aula del consejo. Techo bajo, luz tenue, paredes de color beige.

A un costado de la puerta, un pilón de sillas de plástico disminuye a medida que la gente va llegando. El tiempo es suficiente para acomodarse y programar la grabadora de voz.

Un escritorio de madera maciza, patas torneadas y barnizado intacto presenta a lxs integrantes del panel. Rompe el hielo Josefina Rodrigo.

Podría decir, desde mi experiencia como abogada, que cuando una persona trans entra al sistema sigue la mis-ma suerte que la de cualquier otro procedimiento penal: el olvido, la indiferencia, la cárcel, el frío, el hambre. Podría decir eso, pero resulta que para este grupo de personas es aún peor. La situación de detención es más cruel porque la salud, la alimentación, la vestimenta, la dignidad y mantener el estatus de persona dentro de la cárcel, para ellas, es más difícil. También porque el nuevo modo que se encontró para asegurar que las travestis de la zona roja venden droga parece diversificarse constantemente: va variando, porque en principio es la droga, después el biombo y, de pronto, las requisas vejatorias. De ese presupuesto parece no querer salir nadie.

Corría el año 2014 cuando Shirley Adriana Torrey Carpio fue detenida y acusada de narcotraficante. El “cargamento” adjudicado: 0,5 gramos de cocaína.

Cocaína para consumo personal. Insignificantes gramos a los que la policía, cuando allanó su casa, pretendió agregar como material de corte una bolsita con un contenido blanco. La encontraron caída detrás de un mueble, Shirley venía buscándola durante días; no podía entender dónde podía estar.

Pero ellos la localizaron primero: 150 gramos de coco rallado.

Su abogada, Josefina, revive la ira del proceso penal que transitaron juntas. Lo cuenta sin pausas y con una certeza absoluta. Las ideas son claras y su pasión, evidente.

En los procesos penales, una alternativa nunca conveniente para alguien que es injustamente acusada y privada de su libertad por un delito que no cometió son los juicios abreviados: un acuerdo entre fiscal, defensa e imputada que reduce la pena. Pero, hecha la ley, hecha la trampa.

Si no tenés antecedentes se arregla el mínimo de la pena reconociendo la responsabilidad sobre el delito que se te imputa, a los fines de que si llevás dos años y tenés una pena en expectativa de cuatro, empezás con las salidas transitorias que pueden ser a trabajar o a estudiar. Pero, ¿trabajar a dónde? ¿estudiar a dónde? Si bien hay excepciones, por lo general esas posibilidades no se dan. Primera mentira.

Para la libertad condicional tiene que pasar un poco más de tiempo.

Por otro lado: pensiones no, con amigas no. En el caso de las chicas travestis que viven con otras chicas o, en el caso de las extranjeras que no tienen familia y viven en una pensión, las posibilidades se reducen todavía más. Segunda mentira.

Parece que el arresto domiciliario para estas personas no es posible.

Hay que hacer toda una construcción para que puedan acceder a él, pero el arresto domiciliario es seguir de todas formas en situación de detención. Además, la culpabilidad es importante, porque se la está reconociendo y a partir de ese momento figura en el registro de antecedentes penales. No se piensa en esto, pero muchas veces se cruza con la búsqueda de un trabajo. Y eso no es todo. De necesitar volver a trabajar en la calle por las circunstancias que sean, entrás en el mismo círculo vicioso en el que si la policía te llega a enganchar y tenés antecedentes, vas en cana.

En algún momento nos alcanzaba con alegar la escasez para conseguir la libertad. Hoy, ya no. Si a la libertad la vamos a conseguir después de tres años y siete meses, estamos frente a una situación límite: algunas chicas llegan vivas de casualidad. Por eso hablo de sobrevivientes. Creo que la indiferencia en la categorización de las víctimas tiene mucho que ver y de eso como sociedad nos tenemos que hacer cargo. A ver si para estas cuestiones somos tan receptivos y receptivos.

¿Pero quién caería presx por esa cantidad de droga? ¿quién sería sometidx a requisas vejatorias como pasa en la zona roja de ciudad de La Plata? Probablemente, nadie. O ellxs, únicamente.

Justamente, ellxs.

La Bombón pasó por firmar un acuerdo abreviado extorsivo y mentiroso que terminó por ser declarado ilegal. El tribunal, de pronto, entendió que por tratarse de una causa grande dividida en cinco hechos, cada uno agrupado entre dos o tres personas, se trataba de una banda organizada.

0,5 gramos de cocaína y una banda organizada para comercializarla.

A todo esto, no estaba muy lejos de superar los dos años en prisión preventiva. Lx habían olvidado, se burlaban de Shirley.

Hasta que el fallo termina por dictaminar que los plazos se han excedido.

A lxs travestis no se lxs quiere y menos se lxs cuida. A las fuerzas de (in)seguridad se les dio por traducir mensajes de texto, porque la policía es todo en uno: ella propone y ella dispone. Y de cuanto se le dé la gana.

En 2014 Shirley recién había llegado a Buenos Aires y vendía un scarropa Kohinor y una mesita de luz que no le hacían falta. “¿Quieres un Kohinor? lo vendo a \$100”: prueba de venta de droga. Shirley siempre ha vendido comida, el arte culinario se la da muy bien. “Te mando dos pollos, uno pa ti, otro pa tu marido”: prueba de venta de droga. “Estoy haciendo arroz con pollo, ¿quién desea?”: prueba de venta de droga.

Encima de travesti, peruanx. Encima de peruanx, travesti. Tenemos la capacidad de transformar las características en agravantes. Y, al respecto, Shirley tiene mucho que decir.

Desde la reglamentación de la Ley por el cupo laboral trans⁷, la población trans peruana en Argentina se incrementó porque, como en Perú no existe una ley como ésta, muchas chicas, algunas de ellas amigas mías, viajaron hacia aquí buscando mejorar su vida.

Pero se encontraron con una realidad diferente: en Argentina el ser travesti es sinónimo de narcotravesti⁸.

Las chicas son expulsadas a la calle por sus familias y catapultadas a la represión policial. La mayoría quiere cambiar

7 Ley 14.783 denominada “Amancay Diana Sacayán” de cupo laboral en el sector público para personas travestis, transexuales y transgénero.

8 Manera de denominar a travestis narcotraficantes.

y está buscando vivir dignamente, pero eso no es ni será posible sin un trabajo digno. No es necesario que tengamos que ser peluqueras o cocineras, todas las chicas tenemos amplios conocimientos que la vida nos ha dado y muchos deseos que nos gustaría cumplir.

Una amiga vino a estudiar enfermería, se recibió y no consigue trabajo; otras, han estudiado periodismo y les sucede lo mismo. Algunas pocas han estudiado abogacía y han podido integrarse pero para las extranjeras resulta completamente imposible. La ley por el cupo laboral existe, pero es imposible llevarla a la práctica porque las mismas instituciones te penalizan.

Yo era consumidora cuando me arrestó la policía por 0,5 gramos de cocaína y me encontraba presa por más de un año cuando me presionaron para que firmara un abreviado admitiendo una culpabilidad que no era cierta. El Poder Judicial junto con la policía, en complicidad con el juez, diseñan esta estrategia. ¿Alguien piensa en eso? Una vez que lo firmas, quedas señalada, con antecedentes penales; te imposibilita ser legal, tener un trabajo digno, encontrar un desarrollo personal.

Después de un largo tiempo, precisamente tres años y siete meses, tuve la oportunidad de ser libre.

Hay un montón de chicas que quieren laburar. En mi caso, estudio un taller en la Facultad de Bellas Artes, pero al enterarme de las complicaciones que tenemos nosotras por el simple hecho de ser personas trans, me pregunto ¿cuánto sentido tiene seguir estudiando si nada me garantiza realizarme profesionalmente?

NOS



WWW.CREDYPHONE.COM.AR

422-6102

ES

MAN

NO
DESAPAREZCAN
A LAS
TRAVESTIS



CAPÍTULO 3

DENUNCIAR SOLO CUESTA VIDA

Había abandonado su pueblo con el pecho atolondrado de recuerdos y en la frente de su abuela —esa con la que hacía maratones de chinchón— había dejado un beso.

No se volverían a ver.

Buscó, trabajó, hizo changas, se prostituyó. Nada que alcanzara: el precio de ser travesti y vivir en Capital Federal siempre ha cotizado en dólares. Y se cobran intereses. Siempre altos e imposibles intereses.

Por las noches hacía algo de plata, así se pagaba las fotocopias; estudiaba en el bachillerato popular Mocha Celis. El quinto piso de la Mutual Sarmiento en Chacarita era todo el hogar que tenía.

Ranchillos, al sudoeste de San Miguel de Tucumán — la “capital del carnaval” durante enero y febrero— guardaba algunos secretos nada festivos que le convulsionaban las emociones.

Cuando volvió, su abuela ya no estaba.

Recordaba siempre cómo años atrás, durante una madrugada, un policía y un chofer de remis lx levantaron y lx llevaron detenidx. Tenían planes para ellx. Uno lx penetraba mientras otro lx obligaba a practicarle sexo oral.

Recuperó su libertad y no tardó en hacer la denuncia, a pesar de todo pronóstico.

Demasiados años en la mira de los ojos que todo lo ven, a la orden de las manos que tocan lo que no tienen que tocar.

La boca y la garganta llenas de tierra, los dientes negros. Desnuda y teñidx de moretones morados. Moretones recientes y pronunciados. Su cuerpo —tan helado como cuando en el invierno de 2015 vivía en una carpa en los Bosques de Palermo— fue desechado detrás de la tribuna sur del Club Tucumán Lawn Tennis. El torneo de tenis, esta vez, tuvo que suspenderse.

DEL OTRO LADO DEL BIOMBO

Hace más de un año que Milena dejó la oficina para salir a la calle con un biombo, unos guantes de látex y una linterna.

“No por ser travesti hay que vender drogas”, repite, cada vez que lx entrevistan. Ser la primerx oficial trans de la Provincia de Buenos Aires ha sido toda una noticia.

Como cada noche de sábado, estaciona el patrullero en la esquina de 1 y 64, plena zona roja —de ahí todavía no lxs han echado—.

Se acomoda el uniforme, confirma que lleva el arma encima y se acerca a lxs primerxs que planea requisar.

Su compañerx lleva el biombo, por su parte se encarga de alumbrar a lxs más sospechosxs directo en la cara y de señalar a quienes peor le huelen.

Cuando su olfato le alerta, elige a algunx para llevarlx del otro del biombo. Esa pantalla le da permiso para hacer lo que se le ocurra y nuevas ideas en la medida en que las noches transcurren y avanzan.

Su deporte favorito son las requisas anales.

Despacha a varixs sospechosxs hasta que encuentra una bolsita con cocaína. La levanta y la sacude en la cara a su compañero. Ya tiene su trofeo.

“¿No te digo? Hago bien mi trabajo”, dice, y muestra sus colmillos más que nunca.

El orgullo de policía en la mirada.

Tener la placa es tener el poder. Y en la zona roja, ese poder se traduce en violencia.

Milena, un metro sesenta y cinco, cabello rubio platinado y ojos delineados, lleva puestos zapatos altos y aún así no llega a tener la altura de lxs travas. Pero no tarda en reducir lxs al tamaño de una pulga, lxs arrastra por la calle de adoquines y si ve que atinan a levantarse, les golpea las rodillas: sabe que esa técnica no falla.

Cuando termina con unx, se seca el agua de la frente y sigue. Siempre sigue.

Parte hacia la comisaría de la mujer. Lleva sus trofeos: dos, tres, cuatro, cuantos haya conseguido. Allá lxs desnuda, lxs deja en bombacha y hace que sigan sus directivas: “marchen como hombres”.

Les grita frente a las mujeres policías, les pega en la silicona. Y la silicona líquida se inflama, se hincha, se irrita. Les pega un poco más.

Es un hecho: no tardará en empezar a infectarse. Futuro siliconoma⁹.

Disfruta cuando algunx de lxs detenidxs es analfabetx. Lx obliga a firmar, aunque no sepa cómo. Se burla y convoca a espectadores.

Las localidades no tardan en agotarse.

Cachiporra en mano, tono insultante y ademán provocador. Te invita: “hacé la denuncia, es tu derecho”. Pero jamás quedará asenta-da, es sabido. Si hay algo que reina es la complicidad.

9 Reacción granulomatosa a cuerpo extraño producida por silicona líquida.

LA BASURA, TODA JUNTA

Su compañero de jaula, sentado al borde de la cama, saca filo a la faca que acaba de improvisar. El chirrido invade todo el espacio que lxs rodea y se traduce en una puntada en la sien.

Lo mira, aunque evita desafiarlo. De vez en cuando le quita la vista de encima, pero jamás le pierde el rastro.

Después de tres años y cinco meses encerradx en el penal de Florencio Varela, aprendió que estar siempre alerta es necesario, aunque no siempre suficiente.

Él le dice “muñeca” y saliva. Se lame los labios y le sonrío.

La amenaza presente en la mirada.

Ella preferiría no recordar, pero recuerda. Lo recuerda continuamente.

El guardia de turno apagando las luces. La oscuridad cómplice. Las rejas heladas presionándole la frente. La reaparición de la luz.

Recuerda, contra su voluntad, a la bestia transpirando encima suyo; cómo el ajeteo la sedaba y la debilitaba.

De esa secuencia ya ha perdido cuenta.

Nunca pensó que extrañaría el frío de la zona roja, el abrigo helado, los zapatos incómodos; el paso del ambiente climatizado de los alta gama a la cruda intemperie platense.

En Florencio Varela lxs travas comparten celda con los violadores. La basura —toda junta— convive donde puede pudrirse sin apestar.

A Sheila, tanto desear otra vida lx tiene como dormida, pero no tarda en deshabilitarse cada vez que el dueño de la faca lx vuelve a visitar.

Se despierta. La tranquilidad lx apabulla; el silencio lx atormenta. Pero en seguida Juliana, su esposx, le hace saber dónde está.

No hay animales cerca. Ahora, ellos solo aparecen en sus pesadillas. Y ella desea, como nunca antes deseó, dejar de recordar.

MONÓLOGO DE UNA MADRE DESESPERADA

¡Se lo suplico! ¡Regréseme a mi Violeta! ¡Búsquenmela, por favor! Siempre alegre, siempre radiante. Violeta, de apellido Torres. Es menudita, tiene pelo color claro, muy lacio.

La vengo buscando por todas partes. No hay caso. La familia entera y el barrio la extrañamos. El barrio la extraña mucho.

De chiquita que tiene problemas para escuchar. Lleva un audífono en el oído izquierdo. “Derecha nunca, mamá”, me cargaba siempre. Es como si la escuchara.

Tome nota que es importante.

A los 15 quería hacer una fiesta. “Algún saloncito sencillo no más, ma”, me pedía. Pero no alcanzaba. Era 2003 y los pocos ahorros se habían ido en pan y leche. Empezó a vender tortas fritas los domingos y una cosa que se llama krepels, receta de su abuela alemana.

Levantaba pedidos en la semana. El barrio entero recorría. Le fueron tomando cariño. Los domingos no dábamos abasto, yo la ayudaba. Aunque, al principio, nadie quería abrirle la puerta al nene amañado del barrio. Sufría, mi Violetita.

Seis, siete meses habremos estado. La fiesta salió lindísima. Me sonreía con su vestido celeste. Jamás me voy a olvidar.

Si se fija, no hay una cuadra en la que no vea una foto suya. Le suplico, ¡búsquenmela! Lleva un audífono, ¿le dije? Es importante, anote. Mi hija está desprotegida en algún lugar. Quizás no escucha. Ojalá no escuche lo que no quiera escuchar.

La levantó de un auto muy moderno el viernes a la noche. Escuchaban una de estas cumbias que están de moda. Fue en Palermo. Pregúntele a las otras chicas que trabajan con ella. No veo que esté anotando nada. ¿Me la va a buscar?

TIEMPOS DE CAMBIO Y PINKWASHING

Año 2008.

Familias enteras de clase alta toman mate al reparo de sus camionetas y a la vera de la ruta. Subida a un fardo de pasto, le habla al sector agropecuario de Lincoln. Lx escuchan tipos de plata, tipos con poder; peón, ninguno. Ella tiene 16 años y diserta sobre política: su ensamble con la economía liberal es inminente.

Admiraba a Lilita Carrió —la entrevistó—. Estimaba a Patricia Bullrich —fue su asesora—. Junto a ella se incorporó al PRO a fines del 2013.

El kirchnerismo impulsó un subsidio para personas trans en 2014. Mara Perez Reynoso se opuso porque “genera bronca entre la gente que tiene complicado conseguir trabajo y llegar a fin de mes”. Por lo que se ve, a nadie enoja que el promedio de vida de las personas trans sea de 40 años.

Creció junto a sus cuatro hermanxs, su papá y su mamá en la localidad de Coronel Martínez de Hoz, en Lincoln. El pueblo muy pronto le quedó chico.

Hoy le dicen “animal político”. Pasó de hablarle a la oligarquía subida al fardo de pasto a tener el mando de uno de los Ministerios con más uniformados por metro cuadrado. Desde 2016 coordina el Área de Diversidad y no Discriminación del Ministerio de Seguridad argentino. Es la primera mujer trans en ocupar un puesto de ese rango.

¿Qué se sentirá tener a cargo la auditoría de las 23 provincias del país y las cuatro fuerzas nacionales de seguridad a disposición?

Si le preguntan, contesta que es católicx, con valores y principios ineludibles. Que quiere un país republicano,

una sociedad libre y justa para todos, donde podamos convivir en paz y con seguridad. Sobre todo con seguridad.

Por eso dice que está feliz de “poder cuidar a quienes nos cuidan”.

Año 2016.

En Argentina se registraron 31 crímenes de odio. El 43% corresponde a asesinatos —un total de 13 personas: 12 mujeres trans y una lesbiana— y el 56% a violencia física que no terminó en muerte.

El 33,4% de estos últimos fue cometido por personal de las fuerzas de seguridad en ejercicio de su función estatal.

Año 2017.

Mara sigue pensando que el subsidio supone una discriminación tapada con plata. “Dar dinero solo por tener una identidad de género diferente no hace más que estigmatizar”, dice.

No vaya a ser cosa que a la gente se le dé por hacerse trans para recibir un subsidio.

Gabriela, travesti, 36 años, contó una vez que, de las más de 30 compañeras trans que conformaban su grupo de militancia cuando era adolescente, hoy —2017— solo cinco de ellxs están vivxs. Una frase suya resuena hasta el día de hoy: “Siempre pensé: con llegar a los 40 me conformo”.

¿Con qué se conformará Mara Pérez Reynoso?



CAPÍTULO 4

MALES DE ÉPOCA

En el mes de abril se realizó el 1° Encuentro de Mujeres Trans Argentina en el que se conversó a partir de dos problemáticas: tratamientos con hormonas y uso de silicona líquida. En primer lugar, personas trans aportaron sus experiencias como punto de partida para discutir sobre los riesgos de la automedicación y, además, disipar dudas personales y grupales.

Por otro lado, quienes así lo desearon, dieron cuenta de sus experiencias con la intención de generar conciencia respecto de los riesgos de la utilización de la silicona líquida en los procesos de modificación de los cuerpos. Gabriela, protagonista del primer monólogo de este libro, asistió con la idea de relatar una vivencia personal. Contó cómo fue su paso por la colocación de silicona líquida hasta llegar a la actualidad, cuando padece las gravísimas consecuencias. Este fue el puntapié inicial para que se converse sobre otras historias.

Este producto, cuya composición puede variar —pero es siempre imprecisa y misteriosa—, marcó a una generación de mujeres cis y trans a la que pertenecen Gabriela y la mayoría de las personas presentes en el encuentro. Son ellxs quienes se propusieron revelar y difundir dichas prácticas que, a corto y a largo plazo, les trajo cantidad de problemas de salud con los que tendrán que lidiar por el resto de su vida.

Esto último, debido a que la silicona líquida, una vez inyectada, no puede extraerse por completo, apenas pueden hacerse intentos de raspado que la mayoría de las veces resultan insatisfactorios. Por este motivo y ante la desesperación, muchxs se someten a este y otros procedimientos —que ciertxs profesionales de la salud aprovechan a su conveniencia— con la falsa esperanza de poder deshacerse

del producto.

Las denuncias son múltiples y el detrás de escena del sistema de salud de la provincia de Buenos Aires y otras localidades puntuales como Rosario, Santa Fe, es más complejo y turbido de lo puede imaginarse. Es pieza fundamental retransmitir las historias de un colectivo de personas que busca visibilizar los problemas concretos de su generación y espera, a su vez, que las que le sucedan no transiten dichas dificultades.

A continuación, se exponen algunos de esos relatos que, desde diferentes extensiones y abordajes narrativos, refieren a hábitos y experiencias alrededor del uso de la silicona líquida, implantes de silicona y hormonas. Una crónica es el primero relato de una serie que, de ahí en adelante, detalla en primera persona las contrariedades de una generación que está más que dispuesta a hablar.

MATERIAL DESCARTABLE

“Yo me pregunto en qué momento dejarán de derivar nuestros cuerpos”, dice Mariela, piel morena, un metro cincuenta, cabello lacio y brillante.

Busca una solución, pero no la encuentra. Opciones hay miles, apoyo estatal ninguno. Incluso trabajando en la subsecretaría de género y diversidad sexual de un Ministerio de la ciudad de Buenos Aires, no logra conseguirlo.

Cada semana, desde una zona del país distinta, alguna voz pide auxilio. Que una piba trans tiene un derrame en una mama porque la prótesis era ilegal, que una trava recibió un balazo de un cliente, que otra apareció con síntomas desconocidos y una hemorragia.

Un dominó de cuerpos descartados, el juego favorito de los hospitales y salitas públicas.

Los cuerpos trans no se estudian. Los cuerpos trans son prueba de experimentos. Especializaciones al respecto, no existen.

En Ushuaia golpearon a una travesti. “No entendemos tu cuerpo, no sabemos qué es cuerpo”, respondió el doctor y con ademán desconcertado separó el guardapolvos en dos al llevarse las manos a la cintura y le sugirió salir del consultorio.

Una trompada fatal. La silicona que migra. El cuerpo que se resiste a morir.

No supieron deducir cómo estaba configurada su anatomía y la mandaron a la casa. Prescripciones para salir del paso: el as bajo la manga de lxs profesionales ignorantes. Recetar Ibupirac 400 como solución a todos los problemas, una práctica de moda en el sistema de salud argentino.

Así llegó a Buenos Aires, con un derrame de silicona y escuchando la frase de cabecera: “no hay nada que podamos hacer”.

—Y yo me pregunto —dice Mariela mientras se acomoda en la silla, en medio de un gesto impaciente—: ¿cómo podemos hacer para que los médicos dejen de patologizar nuestros cuerpos?

MORIR POR UNOS BUENOS PECTORALES

¿Y qué hay de lxs hombres trans? ¿Sabían que hay hormonas que si se utilizan por más de un año generan problemas hepáticos? Nos hemos enterado después de años y años de tratamiento. Las cirugías a las que nos sometemos, como la mastectomía, también tienen sus riesgos. Los médicos, cuando hacen una mala intervención, recurren a colocarnos silicona para disimular el error y para lograr pectorales como los de un hombre.

Los mismos profesionales nos perjudican porque esas siliconas no son las que deben utilizarse. Nos ponen parches, como a un muñeco.

Esto es algo que solo sabemos nosotros, los hombres trans.

Los hombres trans carecemos de legitimidad. La silicona y la hormonización no son cosa de los mujeres cis y trans exclusivamente. No se olviden de nosotros, los hombres trans.

A PRUEBA Y ERROR

¿Por qué seguimos teniendo vergüenza de exigir que se nos trate como a seres humanos?

Cuando un cuerpo trans no es atendido en un servicio de salud, el médico está cometiendo un delito, está violando el juramento hipocrático. Lo apropiado es denunciar, tenemos que incorporar la cultura de la denuncia hacia los profesionales de la salud porque son nuestras vidas las que están en juego.

Si tal médico deriva a una compañera desde Chubut a Buenos Aires, esa persona no merece estar frente a la salud de nadie, sea trans o no.

La población trans no tiene tratamientos específicos: nos medican a prueba y error. Es elemental que se implemente una especialización abocada a la población trans.

¿Están al tanto de que el sistema de salud público argentino obliga a que, de existir una nueva especialidad, el Estado se haga cargo de todos los gastos para su capacitación? Como organización desde Mujeres Trans Argentina tenemos que empujar el cumplimiento de la reglamentación del sistema de salud.

NO ME PREGUNTAN CÓMO ME SIENTO

No importa cuál institución médica sea, siempre me siento absolutamente anulada en cuanto a opinión. Lo único que hacen quienes me atienden es darme instrucciones, pero no le dan importancia a lo que tenga para decir, no me preguntan cómo me siento, muchas veces ni siquiera me preguntan cuál es mi nombre.

Nuestra herramienta debe ser el diálogo, aunque no todos los profesionales estén dispuestos a conversar, para demostrar que sí tenemos voz, que sí sentimos. Tenemos que entender que el sistema médico es milenario, tiene una bajada de línea muy verticalista por lo que hay cosas que son difíciles de modificar.

Entendamos que nos conviene identificar a las aliadas y los aliados para poder hacer consenso y generar acuerdos y espacios en todo el país, no solo en Buenos Aires, en el país entero.

FRENTE DE BATALLA

Con la Ley de Identidad de Género he notado un poquísimos crecimiento del movimiento trans. Nuestro recorrido de militancia empezó hace muchos años y, sin embargo, hemos estado excluidas de la escena política durante mucho tiempo. La ley de identidad de género fue un trampolín para saltar y decir: acá estamos nosotras, éstas son nuestras necesidades. Hace poquísimos tiempo comenzamos a ser sujetos de derecho y hoy es el momento de concretar los reclamos.

En el momento en que se promulgó la ley, allá por el 2012, el momento político que estábamos viviendo permitía garantizar que el Hospital Posadas se transformara en la escuela de formación de equipos que atendieran nuestras necesidades. Al finalizar el proceso político en 2015, empezamos a retroceder, nos empujaron hacia un precipicio espantoso. Sin lugar a dudas, es menester seguir profundizando esta batalla.

Nos hartamos de denunciar la falta de empleo. Nos hartamos de hacer denuncias en materia de educación, de salud, de discriminación. Nos hartamos de buscar ser escuchadas, nos hartamos de pelear contra toda impunidad.

AUTOMEDICARSE PARA SER

Hace 20 años que me inyecté silicona líquida en la cola y en las caderas y, además, me automediqué durante 15 años con Perlutal.

A medida que fue pasando el tiempo, pasé al Finasterida¹⁰, que me provocó problemas de gastritis a la vez que me espesó la sangre. La silicona, cuando se combina con la hormona, trae muchas complicaciones; te dificulta el simple hecho de caminar y te puede ocasionar artritis, como me pasó a mí.

Fui al médico clínico y al endocrinólogo: me dijeron que tengo que aprender a vivir con estos inconvenientes. A los 40 —no hace mucho— me hice un control por la próstata y el urólogo no supo decirme qué tengo, pero sabemos que algo anda mal. Hace un tiempo empecé con dolor en las articulaciones y no fue hasta pasar por varios hospitales y salas de atención que pudieron decirme que tengo artritis reumatoide¹¹.

Interrumpí el tratamiento hormonal, mi médico me repite cada vez que lo veo que ya no puedo tomar las hormonas, aunque a mí me gustaría hacerlo. Ahora no sé si mi cuerpo me irá pasando factura internamente mientras empiece, quizás, a transformarse por fuera.

Después de tantos años de automedicación desmesurada, me doy cuenta de que estoy viviendo los padecimientos de lo que yo misma me hice. ¿Cómo sigue mi cuerpo trans con los 41 años que tengo?

10 Fármaco antiandrogénico.

11 Enfermedad inflamatoria crónica que afecta a muchas articulaciones.

CLAVES DE COMBATE

En los centros barriales de salud me han reconocido que no están incluidas en los planes de estudio cuestiones relacionadas a la silicona y hormonas.

He sabido de chicos y chicas, tanto trans como cis, que han ido por un inyectable y, a pesar de tener silicona, les han inyectado sin ninguna precaución.

Nosotras deberíamos decir, frente a esa situación, que tenemos silicona, porque en ese caso lo más lógico sería hacerlo en el muslo. Las mismas compañeras muchas veces desconocen lo nocivo que puede ser que quede líquido atrapado por la silicona. Necesitamos informarnos e informar, cuidarnos entre todxs.

LA HERENCIA DE LOS 80

El uso de la silicona líquida es parte de una generación, de otra época. Antes, no había tanto acceso a la silicona líquida, eso se desarrolló especialmente en los 80 y la verdad es que hoy tenemos una responsabilidad enorme con respecto a ella. Generacionalmente, se está dando algo que nunca pasó porque estamos viviendo las consecuencias de lo que significan sus usos y, en otro plano, porque la Ley de Identidad de Género dio la posibilidad de generar un cambio que no se concretó debido a que su artículo 11 sobre Salud Integral no se está aplicando.

La responsabilidad que todas tenemos tiene que ver con cómo nos posicionamos con respecto al incumplimiento de la ley que abarca cirugías parciales y totales, es decir, mamas y glúteos. La norma puede evitar estas experiencias de silicona líquida y otros tratamientos que nos matan.

Prevenir desde la oralidad es nuestra responsabilidad. Es importante poner esto en valor cuando hablamos de las modificaciones corporales porque ¿qué es lo que se está negociando cuando se asume una identidad?

SUSTANCIAS ILEGALES

Las que habitamos el Conurbano vivimos en una panacea, salimos para el interior y a quien tratan con el artículo “la” tiene que sentirse agradecida. Ya vemos que las generaciones no se van a transformar si no le ponemos nuestra fuerza. Hemos logrado constituir un sujeto político y sabemos que las cosas no se van a modificar sin nuestra militancia.

No hace mucho me enteré de que en la Universidad de la Matanza se estudian temas relacionados a los tratamientos hormonales de las personas trans en el primer año de la carrera. Es la única Universidad que conozco que trata este tema en el país, tengo que admitir que me llevé una grata sorpresa.

Podríamos escribir una lista interminable con los testimonios de compañeras que han fallecido en sus casas o, con suerte, en hospitales, por el mal uso de los fármacos y el empleo de sustancias ilegales, y pensar en lo que nos toca hacer para, por un lado, asistir a las compañeras afectadas y, por el otro, generar conciencia.

ACCESO DENEGADO

Hace un par de semanas una activista de Barcelona me propuso participar en un Congreso de ginecología para sumar mi perspectiva como asistente social. Al responderle que aceptaba encantada, lo planteó en la comisión directiva del Congreso.

Los ginecólogos respondieron que no me aceptaban.

Esa situación resume de muy buena manera el nivel de interés que la medicina tiene en las personas trans.

IDENTIDADES EN LISTA DE ESPERA

Nosotras tenemos que empoderarnos de la mano de las leyes que nos avalan y lo importante es, ante toda situación, acudir oficialmente con las reglamentaciones.

Donde más maltrato recibimos es en los hospitales públicos. Ya sabemos que con dinero en las clínicas privadas nos abren, nos cierran, acceden a tratarnos. Eso no nos garantiza buenos resultados ni correctos procedimientos pero por lo menos no nos rechazan tan alevosamente. Vaya error este de conformarnos con no ser descartadas.

En el Hospital Posadas te anotan en una lista de espera interminable para empezar un tratamiento hormonal. Hace unos años, cuando trabajaba en la Subsecretaría de Empleo y Economía Social de Morón, el Hospital del municipio tenía vínculo con la sala de primeros auxilios y esto permitía derivar a las chicas trans para que las atendieran de manera gratuita. Fue uno de los primeros hospitales inclusivos, vanguardistas, uno de los que rompió con la estructura.

Hoy, ni siquiera existe el lugar de contención. Desapareció, es como si nunca hubiera existido. En el Hospital no te atienden.

Es aterrador este contexto político de retroceso que ignora nuestros derechos, los que tanto nos costó ganar. No puede ser que los médicos no estén formados, por lo menos, para atender nuestros cuerpos trans, pero tampoco es admisible que ni siquiera los establecimientos estén abiertos para recibirnos.

PECHITO PALOMA

En Santa Fe, la silicona está prácticamente erradicada porque quienes inyectaban fueron denunciados penalmente. No están presos, están refugiados, como la mayoría. Allá, lo que se está poniendo en práctica —con mucha calma, aclaro— es el artículo 11 de Ley de Identidad de Género. Rosario, ciudad auge, reasigna sexualmente a una persona por mes y, con suerte, realiza un implante mamario en ese plazo. Para la operación de glúteos no hay cobertura. En un trabajo articulado con Desarrollo Social de la Nación, se está operando en el Hospital Escuela Eva Perón y lo lleva adelante Anibal O'Baid. En el Hospital Provincial del Centenario interviene Daniel Lizzi y O'Baid coloca las prótesis y a su vez está comenzando a hacer operaciones a varones trans.

Yo me encargo de la articulación entre las chicas y los médicos para, así, lograr que ellos se capaciten en otras zonas. En el resto de Santa Fe debe haber casos de silicona, pero aislados. Otro médico se capacitó para remover silicona líquida; sabemos que migra y que no se puede raspar en cualquier lugar, pero existen algunos procedimientos que se pueden realizar.

Nunca falta quien se aprovecha del oportunismo, que con dinero se anime a abrirnos y, aunque lo único que pueda hacer sea un pequeño raspado, te intervenga y te cobre, sin importar que los resultados sean insignificantes.

Lo que se realiza es lo que se conoce como pechito paloma: un raspado seguido de la colocación de expansores de aire. Como suele pasar en estos procedimientos experimentales, nada garantiza que salga bien. Es cierto, para la medicina nuestros cuerpos siguen siendo exóticos.



CAPÍTULO 5

EL MÍO ES COMO UN CUENTO DE HADAS

Camila era adolescente cuando comenzó a dibujarse tajos en el cuerpo. No fue capricho ni rebeldía, como algunxs llegaron a insinuar. Era quien no quería ser, buscaba lo que no encontraba.

No sabía qué hacer de su vida y pensó que Capital Federal sería sinónimo de oportunidades. En Buenos Aires podría crecer, estudiar, enamorarse, vestirse como quisiera, a diferencia de Jujuy, que lejos estaba de permitirle realizarse personalmente.

Tenía 18 años, pero todavía no pensaba en hacer la transición. Su DNI recitaba un nombre que no había elegido y su aspecto era más parecido al de una mariquita, como autodenomina a su versión de aquel entonces, que al de la travesti que es hoy.

“Me identifico como trava y me amo como trava”, dice. No necesita explayarse demasiado para dejarme ver que le llevó algunos años, pero hoy está cómodx y orgullosx de su identidad. Cuando lo repite, siento muchísima admiración por el amor que se tiene y se lo transmite a través de una sonrisa inevitable.

Quando pensé en volver para Buenos Aires ni pensaba en una transición. En realidad lo que yo quería era estudiar, buscar un trabajo y ser periodista. Pensaba en eso, pero después se me fue pasando. No pude cumplir mucho de esos sueños. Yo había vivido acá un año cuando tenía 14 en la casa de mi hermana, ella trabajaba mucho y yo pasaba la mañana sola y al mediodía entraba al colegio.

Quando me enamoré de un compañero de escuela, me di cuenta de que había algo raro en mí. Tendría 6 años. Él no me daba bola, yo era un varoncito muy femenino; la única forma que encontraba para expresarme era la violencia: lo golpeaba a veces —no llegaba a entender del todo qué me pasaba— y le hacía el mismo bullying que yo misma

sufrí cuando crecí. A los 14 ya tenía claro que me gustaban los chicos, pero me frustraba saber que nunca iba a tener esa química que ellos tenían con las chicas: el típico histérico. Con el cuerpo que tenía eso era imposible, así que caí en la depresión y por un tiempo me corté: sentía que si me lastimaba capaz podía empezar a cambiar un poco ese cuerpo que nunca iba a poder aceptar ni ser aceptado por nadie.

Mientras hacía ese año de colegio en Buenos Aires, empecé a robarle ropa a mi hermana y a achicarla para que me quedara bien. Ella era más gordita y yo me daba mucha maña con la aguja y el hilo, así que cortaba los pantalones y los cosía para que me quedaran ajustados. Ya te digo, era una mariquita. Y así pasó un tiempo, me llevaba la ropa en la mochila, salía del colegio a la 8 de la noche, me iba a una placita por ahí cerca y me cambiaba. Después pasaba un rato con las chicas y las travas de Constitución que me decían que me cuidara, se daban cuenta de que era menor de edad.

Al tiempo, mi hermana encontró su ropa debajo de mi colchón y explotó todo. Yo creo que no supo cómo manejar la situación y pensó que lo mejor era que me volviera a Jujuy. No fue de mucha contención, pero yo creo que lo hizo pensando que era lo conveniente.

Caimancito es un pueblo muy conservador. La gente es muy respetuosa. Y muy tradicionalista. No se le ocurría desafiar las reglas del colegio y un día llegar vistiendo una pollera.

—Lo único que quería era estar tranquila, sin tener que cumplir con el mandato de tener que usar camisa y corbata, pero llegó un momento en que lo tuve que aceptar, tenía que esperar a terminar el colegio para poder liberarme.

Pero encontró la manera de, por lo menos, poder jugar a ser otra persona. Para eso estaba la ficción. Se sumó a las clases de teatro del colegio y formó parte del elenco de Mujercitas. Conocía la novela, la había leído y la historia le fascinaba. Soñaba con interpretar el papel de Beth, pero se tuvo que conformar con interpretar al novio de una de las chicas. Aún así, seguía soñando para contrarrestar las desilusiones.

La intriga era más fuerte. En una ocasión, cuando recién se levantaba de la cama y empezaba a cepillarse el pelo imaginando que podía recogerlo, se miraba al espejo y pensaba en la historia de estas mujercitas. De hecho, cuando vio el labial de su mamá junto al espejo del baño, le llamó la atención y, en una especie de acto reflejo, lo tomó y se pintó los labios. Y un poco más también.

Ya con el guardapolvos encima, el pelo a medio peinar y algunos dedos manchados, escuchó que su mamá se acercaba. Se limpió como pudo —nerviosa y consciente—, sabía que no era una escena digna de aplausos. El tiempo se esfumó y se transformó en un cachetazo que terminó de enchastrarle la cara.

Esa era la primera vez que se atrevía a descubrirse.

A pesar de esa experiencia sentí que me había enamorado del teatro. A esa obra le siguió El flautista de Hamel y esta vez me había tocado ser una de las ratitas. La profesora nos dijo “háganse su outfit”. Éramos siete compañeros en total, en la escena había un diálogo entre el flautista y nosotros.

Yo encabezaba.

Y dije, bueno, yo no me voy a quedar atrás. En ese tiempo canalizaba todo con la costura: cosía, arreglaba lo que fuera. Mataba todos los pensamientos con hilo y aguja.

Como en la primera obra, yo estaba vestida con algo que no me hacía sentir cómoda —un saco y una corbata—. En esta me desquité. Se suponía que teníamos que estar de color marrón como unas ratitas, pero yo me mandé un ves-

tuario que parecía una Drag Queen mezcla con Minnie: una calza super ajustada con una cola como la de un gato, hecha con alambre y rellena, bien pomposa; una campera de piel que le había sacado a mi abuela y había achicado y una trompa y orejas de cartulina.

Me acuerdo de que me miraran. Mis compañeros, vestidos con pantalones sueltos y de color marrón, y sus padres. No lo podían creer.

El teatro, desde ese entonces, fue un amor para mí, quería expresarme pero tuve que aguantar hasta los 18 años. Después la pregunta era qué hacer con mi vida. Quería estudiar periodismo, teatro. “Voy a ser enfermera, voy a ser doctora”, me dije. Tenía ese pensamiento cuando terminé la secundaria, pero no era tan simple. Con el deseo no alcanza.

Finalizado el colegio y ya de vuelta en Capital, Camila recibió un ultimátum de parte de su hermana. Había pasado un año sin saber bien qué hacer. Eso la empujó a acercarse a un instituto en Once para hacer un curso de depilación: comenzaba el auge de la cera, tener vellos no estaba de moda y conocía ya a varixs chicxs que podrían ser sus clientxs. La ecuación cerraba por todos lados, pero su DNI no decía Camila y su cuerpo apenas estaba empezando a cambiar con la ayuda de bajas dosis de hormonas. Obra social no tenía, así que se las autoadministraba.

Estas características sirven para imaginar el cuerpo que, en plena mutación, hablaba de y por ella, el mismo cuerpo que sorprendió al secretario de la institución y lo obligó a llamar a la directora para que decidiera cómo actuar ante semejante situación. Sin demasiados preámbulos, fue consistente: “no quiero incomodar a las modelos exponiéndolas a alguien con tus características”. Lloró camino a casa,

en ese cuerpo mutante que la ignorancia rechazaba, tachando un deseo más de la lista.

Pasado un tiempo, consiguió trabajo en un kiosco. Para ese entonces había decidido abandonar la ropa de varón. Era indiscutible: el cambio había comenzado.

No tardaron en echarlx sin ninguna explicación.

Trabajé en una verdulería familiar. Me veía como un maricón porque el efecto de las hormonas es lento. Era muy laboradora, como siempre lo he sido. Me laburo todo: si tengo que limpiar un baño, no hay ningún inconveniente. El problema es que no me dan la oportunidad, siempre está el prejuicio presente.

En la verdulería tenía clientas, era muy simpática, educada, y la esposa del señor era muy amable conmigo y le gustaba que laborara ahí, no tenía prejuicios. Le gustaba que las clientas vinieran y que yo las tratara bien, siempre estaba satisfecha. Había parido hacía poco y le servía que trabajara con ellos.

Un día, el dueño se acercó a mí mientras arreglaba las naranjas en un cajón —me encantaba dejar las frutas en orden y prolijas— y mientras me rozaba la cintura y me apoyaba, me pidió sexo. “A cambio, podés seguir trabajando con nosotros”, llegué a escuchar que me susurró.

Pero viste cómo es la gente del interior... por lo general, tiene esa inocencia. Y yo en ese momento era inocente. Le dije que no y al otro día me dijo que un primo iba a empezar a laborar ahí y que no necesitaba más de mi ayuda. Después me llamó su esposa por teléfono. Le dije que tenía otras cosas que hacer y cortó convencida. Era una familia ya compuesta con un hijo recién nacido, no quería causar problemas.

De su primer paso por Buenos Aires conservaba algunos contactos de lxs chicxs de Constitución, tan invisibles a la luz del día y tan accesibles cuando el sol empieza a caer. Por ellxs conocía cómo era el sistema de trabajo, los precios, las zonas que más cotizaban y cuáles eran más peligrosas.

El mundo de lxs travestis empezaba a ser, también, su mundo. Los Bosques de Palermo eran ahora la nueva sede del prostíbulo a cielo abierto de Capital Federal y las cuatro paredes sin ventana de la habitación del hotel de Sinclair y Cerviño, su primer lugar de paso.

Hace frío, una frazada no alcanza y no importa que cierre o abra los ojos, el rostro de su abuela aparece consecutivamente. Tan conservadora como su abuelo, la mira atentamente. Camila no puede sostenerle la mirada, esos ojos marrones lx atraviesan; siente que está en penitencia. Logra escucharla, a pesar de que aquella que lx crio no hace más que un ademán con las manos.

No tarda en volver en sí, está llorando, pensando en qué dirían sus abuelxs si la vieran ahí, acostadx, con la piel erizada, el push-up del corpiño al costado de la cama y las medias de nylon rasguñadas. Por unos meses —hasta que lo pierda una noche en el auto de un cliente— rezará el rosario de su abuela para tener buena salud, para poder trabajar, para poder comer.

Cuando toca pagar doble por hospedarte, pasar hambre bajo techo es un hábito. Según su experiencia, la vida de unx trava putx es lo más parecido a un dominó. Mantenerse en pie es la clave para sobrevivir —o morir en condiciones medianamente dignas—, a pesar de que todo conspira para que las piezas se derrumben: si se logra sobrevivir es a costa de suicidarse sin prisa, aunque sin pausa.

En ese momento frecuentaba la noche, así que me empecé a hormonear. Ya venía consumiendo hormonas desde que volví a Buenos Aires. Mi mamá me había dicho que tenía sus gastos y que por eso no iba a seguir teniéndome a su

cargo. “Hasta acá llegué, hija”, me dijo en un mensaje de texto. Tenía 18 años y un cuerpo que no era el que más cotizaba en el ambiente que me movía, así que necesitaba plata para vivir y a la vez un cuerpo que los tipos quisieran consumir.

Sabía de otras chicas que se inyectaban la Perlutal en la farmacia, que es un anticonceptivo de muchas hormonas femeninas que usan las mujeres cis. Los farmacéuticos te la inyectaban, no tenían problema. Eso hacía que te dejara de crecer el pelo, empezabas a tener un pequeño pezoncito. A medida que lo tomabas, se te iba reventando el pezón y se formaba la aureola, la piel se te alisaba. Imaginate, en ese momento eso me ayudó a feminizarme un poco más. Igual no lo tomé por mucho tiempo, lo tomaba por un año, dos años, después lo dejaba de tomar. Pero me automedicaba. Mientras, las travestis estaban en auge, empezaron a ser más consumidas que las mujeres cis. Cotizábamos mucho. Mi objetivo ya no era hacer una carrera ni el teatro, mi objetivo era operarme, ponerme las lolas e irme a París. Cuando entrás al mundo de la prostitución Europa es el objetivo.

Se ganaba mucho dinero. Sin embargo, para Camila no era tan fácil llegar a fin de mes: “el que consumía a lxs travestis pretendía a la platinada, operada, estereotipada”, me dice. Frunce el ceño y sube los hombros.

Si lx elegían tenía suerte. En ese tiempo no estaba operadx y la calle y la noche se volvían día a día más duras. Empezó a consumir, en principio, a pedido de los clientes. “Por lo general, te piden que consumas. A cambio, te pagan más”, me explica.

Mientras, con unx amigx, estaban de gira por cada hotelucho de Capital Federal. De todos lxs echaban. Les cobraban el doble, o lxs rechazaban. La vida lx llevó a otros sectores y a trabajar con inter-

mediarixs. Parecía una ventaja. Venía el frío y los que cotizan son los cuerpos que más muestran, bajo el rocío, sobre el pasto húmedo, a la vera de los bosques. Empezó a laburar en un privado donde había otrxs travestis trabajando.

“La mayoría eran chicxs, pendejxs”. Me cuenta que era una casa administrada por dos proxenetas. Lxs chicxs del privado eran rubixs platinadx, altxs, con unas cabelleras —a su gusto— envidiables y botas altas. A ella, la flaca sin tetas, la elegían excepcionalmente.

Camila, que en ese entonces se hacía llamar Alelí por una canción que le cantaba su mamá cuando era niñx, se parecía más a un capullo —como dice la letra— que a unx trabajadorx sexual experimentadx. Lo único que quería era poder operarse.

El mío es como un cuento de hadas.

En los privados las cosas se manejan así: entra el cliente a la habitación celeste, suponete, y el encargado avisa en voz alta: “¡presentación en la celeste!”. Formás una fila y esperás a que te toque entrar para presentarte y que el cliente te conozca.

Esa noche yo estaba última, en ese momento estaba durmiendo. Entro, avergonzada, con cara de dormida, le digo mi nombre y salgo. Al minuto, la encargada me avisó que quería estar conmigo. No pensé que me fuera a elegir, era un señor alto que parecía un príncipe: abrigado con un saco hermoso y unos zapatos impecables.

Charlamos, pegamos buena onda, así lo conocí. Tuvimos algo, siempre venía a conversar. Pagaba y se quedaba charlando conmigo. No era tan sexual, algo sí, pero era más lo que hablábamos. Y así estuvo como un mes; un día me comentó que se estaba yendo a Brasil. “Cuando vuelva no quiero que trabajes más acá”, me dijo. Le creí y le respondí que lo esperaba.

Cuando les conté a las chicas todo lo que pasaba, me dijeron que no le crea, que los clientes siempre son así, que te chamuyan. Te entusiasmas y no queda otra que decepcionarte. Yo seguía trabajando y un día me llamó desde Brasil. A esa altura ya no le creía nada, lo conocía desde hacía un mes y la relación era como una fantasía. Todavía estaba viviendo en el hotel de Charcas. Mi rutina consistía en ir del privado a mi casa. Tuve problemas con el hotel porque nos habían subido el alquiler y la amiga con la que compartía la piecita se enfermó por las hormonas.

Se inyectaba alguna sustancia sola en la nalga y le había quedado el acrílico encapsulado al no friccionarse. Se le hizo una pelota, no sabés cómo gritaba. Se volvió a su provincia, Salta; me quedé sola con el alquiler y pensé ¿qué hago ahora?

Conseguí otro privado donde me podía quedar a vivir. Era por Larrea, en Recoleta, pero no sabés cómo era explotada. A la ganancia casi no la veía porque se quedaban con mucho porcentaje, pero por lo menos tenía dónde vivir. Me he cagado de hambre, y no es que entre travestis hay pura solidaridad, esas son solo algunas. Muchas son competitivas, hasta las mismas encargadas de los privados son muy frías. A veces me deprimía porque no sabía qué hacer de mi vida.

El día de los enamorados me llamó por teléfono: me estaba esperando abajo. Me trajo unas cosas, regalos y bombones. “Yo te dije que iba a volver”, me repetía. Y ese mismo día fuimos a alquilar un departamento. Buscamos dos o tres días y encontramos uno amplio, en Barrio Norte, por Santa Fe y Laprida. Él usó su garantía, estaba muy comprometido, pero yo sabía que algo había. El chabón era de buena plata, buena posición económica, venía de una familia de clase media alta.

Como no tenía absolutamente nada, me compró todo. El departamento tenía tres habitaciones y lo equipó con tres sommers, un televisor y muebles. Quería que tuviera mi negocio: esperaba que regenteara el lugar.

Yo sabía que algo había.

No sé por qué no me dijo nada antes. Él no quería que trabajara prostituyéndome, pero yo era re pendeja, no sabía nada de regentear y ser una madama. Un día me dijo: “Si vos querés operarte, operate”, y me dio el dinero. Fue un cuento de hadas para mí: me puse tetas y me operé la nariz. Al final, ahí no estuve ni un año porque no sabía cómo manejar el negocio y Estefano necesitaba plata porque pagaba el alquiler. De nuevo a prostituirme, de nuevo a drogarme.

En una oportunidad escuché de una chica de mi provincia a la que habían echado del lugar donde paraba y, si bien no teníamos una amistad, la llevé a vivir al departa-

mento. Le di una mano. Entre nosotras las travas no tiene que haber competencia, tenemos que ser como hermanas. Pasaron dos o tres meses. Quiso festejar su cumpleaños, yo me fui a bailar para dejarle el lugar. Al otro día, llegué a casa y vi el hall de la entrada rota, había llevado a gente que se drogó, se pasó e hizo quilombo. Rompió todo. Para colmo, el edificio era apto para trabajo profesional: cá- maras por todos lados.

Supuestamente, una piba se pasó en pepa y flashó que la querían violar y el novio vino a buscarla, tiraron piedras en la entrada.

Metieron presa a la piba a la vuelta de casa.

Perdí el lugar, volví a un hotel y empeoraron las cosas. Siempre con acompañamiento de Estefano. Nos veíamos siempre, aunque solía estar con la esposa. Estaba casado pero la nuestra también era una relación de pareja.

Tenía 21 en ese entonces. Empecé de nuevo a drogarme y así pasaba días enteros, hasta que un día dije basta, ya vi morir a demasiadas de mis amigas y compañeras, no quiero terminar así.

Muchxs chicxs que conoció allá por aquellos años en que comenzó a expresarse como travesti y a prostituirse vivían una situación similar a la suya: expulsión familiar, hambre, vida precaria. Hoy –le parece– esta generación es distinta a la suya, la familia da más contención. En esa época ser homosexual o travesti era proporcional a despedirse de la familia o, peor aún, acostumbrarse a la idea de que tener que colaborar mensualmente con ella a sabiendas de que la prostitución daba buenos ingresos. Y muy a pesar, claro, de haber sido expulsadx.

Era sencillo: una boca menos que alimentar y un nuevo ingreso económico, en simultáneo. Una cuenta perfecta. Estos cuerpos expulsados eran lo más parecido a un chivo expiatorio.

Lxs hijxs en el entorno íntimo y barrial daban vergüenza y de qué hablar. Pero a unos cuantos kilómetros, lo más lejos posible, laburaban desnudxs a la luz de la luna, abrigadxs paradójicamente por las copas de los árboles de los Bosques de Palermo.

Camila vio morir a compañerxs de frío y de hambre, cuerpos que nunca nadie reclamó. Otrxs ni siquiera se acercaban a los hospitales. No importaba que tuvieran VIH, el maltrato constante que recibían por parte del personal lxs retenía. Aguja que se enterraban de principio a fin con una violencia hostil, insultos, nombres no elegidos que hacían eco en los pasillos de cada hospital.

La cruda realidad del trabajo sexual tal como lo conoció le devolvió amigxs muertxs, acuchilladxs, desangradxs, envenenadxs. Como Alejandra, que se subió al auto de un tipo que estaba convencido de que ella le había robado. Como no consiguió su confesión, sacó un cuchillo de cocina y le dio varios puntazos, uno de ellos en la cabeza, casi letal.

A una amiga mía la mataron. Yo pude llegar a decir “basta”, y tengo ángeles protectores —no han dejado que me pase nada en ese sentido— pero a mi amiga me la mataron. En el mundo de lxs travestis podés encontrar de todo. Nunca sabés lo que te puede tocar al subirte a un auto o al llegar a la casa de un cliente.

Paloma había empezado a robar porque no tenía la-buro, no la levantaban y no tenía ni para comer. Se metió con el tipo equivocado, un mafioso, un narcotraficante. El chabón la levantó de la zona —estábamos bastante cerquita-siempre, la vi cuando se fue— y después de tener relaciones, se drogaron con cocaína y algo más que no sabía bien qué era, pero con algunos mejor ni preguntar. Hay chabones muy bravos.

Se empezó a sentir muy mal ni bien llegó, no sabía qué le pasaba, le dolía todo el cuerpo y le costaba moverse. La

llevamos al hospital y le hicieron estudios. Ahí fue cuando nos enteramos de que el cliente le había puesto veneno para ratas en la droga. Se le fue por todo el sistema sanguíneo, le invadió todo. Le agarró como una gangrena en todo el cuerpo.

18 años, y estaba ahí, acurrucada, chillando de dolor por momentos y a la vez sedada por los calmantes para que sufriera menos la infección. Murió a la semana. Paloma, peruana, muy linda.

Quedé espantada, pero no pude salir por un tiempo de esa vida. Hasta que un día, drogada, volví a casa y pensé en el teatro, en querer hacer lo que uno quiere, en la satisfacción de pasar por esta vida habiendo hecho algo que valga la pena. Recordé lo que había pasado con mi familia, en mis amigas, en las muertes, en las injusticias, en cómo el sistema todos los días me excluye, no solamente a mí sino a mis compañeras, a todos. Pensé en el machismo.

No quise más esa vida para mí, por lo menos quería tratar de llevar una vida mejor y hacer lo que me gustó siempre. Me fui a mi casa en la Boca con un bolso a pasar unos días con mi hermana. Me levanté al otro día, al mediodía, con olorcito a comida casera.

Prácticamente, la travesti vive de noche; de día no existe porque duerme. Con suerte sale a hacer algunas compras. Además, es un trabajo que no te permite comer mucho. Si querés trabajar, tenés que estar bien, pendiente de la imagen.

Me quedé una semana y me sentí tan pero tan cómoda... empecé a vivir de día y a descubrir otras cosas, averigüé por actividades que me gustaban, en principio en relación al teatro.

Dejar la vida de puta burguesa no es fácil: iba a los mejores boliches, andaba con tipos de peso o plata, me pagaban para acompañar a alguien; la mayoría era gente pesada,

narcotraficantes, chorros de autos. También había gente bien. Esa vida implicaba correr el riesgo de no saber si volvías viva a tu casa o no, pero la extrañaba igual.

Estuve tres meses depresiva.

La abstinencia me llevó a tener ataques de pánico. No sabía qué me pasaba, me sentía enferma. Empecé a convivir a la mañana rodeada de otrxs, a ir a hacerme chequeos al hospital, a viajar en bondi, a manejar el tema de las miradas, a vivir en sociedad, básicamente.

Calzas al cuerpo, lentes de contacto, remeritas ajustadas: un gato de Palermo. Ese era mi look: cuando quise acordar, me había estereotipado. A la vista debo haber sido muy graciosa.

Es que la carne siempre está al día para los clientes.

Había días que sentía que me estaba muriendo, no me importaba que me llamaran por otro nombre, me iba al hospital. Por suerte empecé a curarme de a poco mental y físicamente. ¿Mi hermana?, contenta. Ella pensaba que una de esas noches la iban a llamar para decirle que había aparecido muerta.

Conocí a la cooperativa ArteTrans y empecé a hacer cursos. En el teatro conocí un mundo maravilloso. Ya sabía con qué gente podía cruzarme y fue un cable a tierra: empecé a sanar el alma, a aceptarme como persona, a quererme con mi genitalidad. Tomé clases un año e hicimos la obra “Hotel Golondrina”, que trata de un hotel que está en Aráoz y Jufré, en Capital Federal, tomado por un grupo de travestis en los 80, un lugar de contención para chicas travestis del interior.

Llegan a Buenos Aires con el sueño de querer verse como lo que han soñado —aunque muchas terminan cayendo en la prostitución— y les dan la posibilidad de quedarse

ahí, pagar casi nada y después volar a otro lado. De ahí el nombre del hotel.

El teatro me salvó, me ayudó a salir adelante. Como siempre estuve a la defensiva, también me sirvió para cambiar la actitud y empezar a intentar llevar una vida plena. Conocí la historia de una travesti, docente, una buena persona. Siempre se preparó y no pudo ejercer porque no la aceptaban. Se quedó con las ganas de un día poder trabajar en un colegio. No se prostituyó, tampoco encontró trabajo y murió sin poder cumplir su sueño. La recuerdo y siento muchísima tristeza.

Antes, yo sentía que si quería ser travesti tenía que estar operada, que con la vagina iba a ser aceptada. Creo que empecé a conocer mi cuerpo y a empoderarme y a reivindicar la palabra travesti de la mano del teatro.

Muchas chicas que quedaron atrás y están muertas, han pasado por cosas peores; chicas que lucharon por nuestra identidad y por los derechos que merecemos. El arte nos ha dado referentes como Lohana, María Pía Burdaco, Marlene Wayar, Susy Sock. Por ellas y muchas otras siento que no estoy sola. La travesti es el principio de la lucha por la identidad de género: reivindico la palabra travesti.

El teatro también es militar, dice sin quitarme la mirada, otra vez. A medida que avanza la charla, me deja ver que el recorrido que hizo hasta hoy le habrá dejado marcas, pero sin dudas en simultáneo la fortaleció. Es cierto que se solidariza con lxs demás; el teatro es la oportunidad que tiene para visibilizar las condiciones de vida paupérrimas en las que vive el colectivo trans.

En su paso por la prostitución aprendió cómo quería vivir y cuán lejos de ese mundo quería huir. Por eso actúa y milita para que lxs travestis fundamentalmente puedan elegir. Elegir trabajar en la calle

o en una verdulería. Estudiar o enseñar. Formar una familia, dedicarse a una profesión o ambas cosas.

Le gustaría interpretar a una persona cualquiera, una vecina, una maestra, una bailarina, una escritora, una amante. Eso espera del futuro: nuevas oportunidades, alejadas de viejos prejuicios.

—Basta de interpretar exclusivamente a peluqueras o putas —repite con incordio.

Se lx ve feliz cuando habla de su gran amor, la actuación, y una sonrisa lx invade. Aunque con eso no alcanza. Sigue viviendo en un hotel y está contenta porque obtuvo el incentivo del programa *Ellas hacen*: ahora va a contar con obra social. Su cuerpo está respondiendo tras tantos años de automedicación hormonal y silicona líquida y el mensaje no es precisamente positivo.

En estos días, su vida pasa por el teatro, algún que otro trabajo temporal que le permite llegar a fin de mes, Estefano —que sigue formando parte de su vida— y las visitas a su hermana y su sobrinx de dos años todas las semanas, sin falta.

Cuando tiene oportunidad de ahorrar para los pasajes, viaja a Caimancito, de donde huyó incentivada por unx de sus hermanxs, quien lx amenazó más de una vez: “te voy a cagar a trompadas si seguís saliendo a calle vestido como un puto de mierda”. Allá la esperan sus abuelxs.

Se encarga de recibirla en la terminal, lx abraza, lx saluda —“Cami”— y carga su bolso hasta el auto, en una operación que repiten cada vez que se presenta en su pueblo. Sus abuelxs la llaman “hija”, lx esperan sin falta con un té de limón y jengibre. Saben que ese encuentro lleva a tantos malos recuerdos a un segundo plano.

Epílogo

En Argentina, el 98.8% de lxs mujeres trans alguna vez sintió que se encontraba en una situación que requería una denuncia por violencia machista. Apenas el 1.4% llegó a denunciar y el 75.9% evitó alguna vez ir a una comisaría. De lxs encuestadxs, el 46.1% tuvo miedo alguna vez de ser atacadx físicamente “por su condición de mujer trans” más de cinco veces.

Estos son solo algunos de los resultados que arrojó la segunda encuesta más respondida del país llevada a cabo en 2016 por el proyecto Argentina cuenta la violencia machista.

Los resultados finales se presentaron el 25 de noviembre, día de la no violencia contra la mujer y se pueden consultar por vía digital. Como resultado, se cuenta con el 1º índice de violencia machista en el país. Participaron respondiendo 59.380 mujeres.

El día previo, el 24 de noviembre, un grupo de organizaciones TLGBI convocó a un “gritazo” en Plaza de Mayo y declaró el estado de emergencia del colectivo por la violencia sistemática y en aumento que sufre dicho grupo. Menos de un año más tarde, el 17 de agosto del corriente, travestis, trans, tortas, maricas y abuelas de Plaza de Mayo organizaron una vigilia de pedido de justicia tras conocerse la noticia del travesticidio de Ayelén Gómez.

Al colectivo se le agotaron las fuerzas para gritar. Hoy, se limita a pedir abrazos.

Lo que busco con este trabajo es generar un aporte académico que oficie de germen de debate y reflexión respecto de la temática. Que se investigue más y con mayor profundidad, que se expongan los entramados mafiosos que se desarrollan en el detrás de escena de la vida en sociedad y que tanto azotan a la comunidad trans; que se denuncien, todos los días con cuanto énfasis y compromiso sea posible cuáles son en este país las implicancias de animarse a vivir con una identidad de género que difiere de las normativas.

Este libro se suma al pedido de justicia, grita con y por las personas trans, las abraza y las acompaña a como dé lugar.

Agradecimientos

Gracias a mi familia por el apoyo incondicional de siempre.

A Cristian por ser un director multiplataforma y estar del otro lado a toda hora.

A Rocío, por sus palabras, y por disponerse a escribir el prólogo a contrarreloj.

A Maru Labat, por incentivar me a escribir y hacerme ver cuánto estaba dejando sin decir; también por leer y criticar cada vez que lo necesité.

A LA7 por formar parte de esta denuncia con sus fotos hermosas.

A lxs amigxs de siempre por la paciencia para leer y criticar lo escrito.

Oscuridad. Se corre el telón. El reflector se enciende y dibuja un perfecto círculo blanco. Se puede ver cómo el polvillo vuela sobre el piso de madera y deja en evidencia la falta y el vacío.

No están. No forman parte del elenco estable. Con suerte, y en contados casos, interpretan roles secundarios. Lxs trans y travestis son lo opuesto al prestigio y al glamour; no establecen la agenda mediática ni son una preocupación para el gobierno actual, mucho menos prioridad.

Estas identidades son discriminadas, aisladas, hechas a un costado; desnudadas, violadas, asesinadas; tiradas a la basura, quemadas, desaparecidas. No tienen acceso al sistema de salud, modifican sus contornos con inyecciones de silicona líquida, aceites industriales y hormonas autoadministradas.

Al colectivo trans y travesti se lo expulsa del espacio público durante el día y se lo demanda una vez que el sol empieza a caer. El mensaje parecería ser claro y conciso: estos cuerpos diversos están en las márgenes porque son las márgenes. Y así, la resistencia es inevitable cuando se vive como material descartable.